

« El poder » decia á sus soldados « es como la cúspide de un minarete donde no cabe mas que un hombre; el que como yo sube á él no debe permitir que ninguno le acompañe so pena de ser precipitado como yo, desterrado ó muerto; debe por el contrario inmolar sin piedad á todos los que traten de subir á esa culminante cumbre! »

Su rival Deli-Abdallah siguió sus máximas, retirado Halet á Koniah en un tekké (convento de dervises) donde se creia inviolable, recibió por mano de un capidji enviado por el sultan, la orden de entregar su cabeza. Sacando su sable la disputó con desesperacion á sus asesinos, pero algunos dias despues estaba colocada en una bandeja de plata en la puerta del serrallo, con gran satisfaccion de sus rivales.

XXXVI

El visir Pertew-Bajá, á quien despues de Halet-Effendi afeccionó mas tiempo, tuvo igual suerte. Desterrado hacia algunos meses en Andrinópolis y esperando en medio de su vida poética y estudiosa volver al favor y á la fortuna, sorprendióle una violenta

muerte. El siguiente relato de uno de los ejecutores de su suplicio nos revela su estóica agonía.

« En octubre 1837 saliendo Pertew del baño y sabiendo que Emin, bajá de Andrinópolis, tenia que comunicarle noticias de Stamboul, despues de una hora de descanso, mandó ensillar su mula y fué al palacio con uno de sus servidores.

« Eran las tres de la tarde. El bajá se levantó y haciéndole sentar en su divan, cerca de él, sirvióle la pipa y el café, despues de lo cual reinó el mayor silencio. Jóven todavía, hijo generoso de Reschid-Mehemet, ignoraba el bajá el arte del verdugo y no hallaba mas que benévolas palabras para la víctima, inspirándole una especie de terror de su mision, su respeto hácia el condenado, y su sorpresa por el inusitado rigor del sultan. Pertew fué el primero que rompió el silencio: « ¿ Parece que teneis que comunicarme noticias de Stamboul? »

« A estas palabras las facciones de Emin revelaron su dolor y tartamudeando, con oprimido corazon y sin poder significarle la funesta sentencia, le entregó el firman. Despues de haberle llevado á su boca y frente, Pertew abrió lentamente el escrito imperial leyéndole hasta el fin sin demudarse. Dóblale despues y colocándole encima de un almohadon, da una palmada para llamar:

« Que me traigan una pipa, » dijo con serenidad.

« El bajá callaba.

« Dios es testigo, » añadió Pertew, dejando caer gravemente sus palabras entre las aspiraciones regulares de la pipa, « Dios es testigo que siempre serví « con celo y adhesión al sultan, mi amo. ¡ Que su reinado sea glorioso! Nunca trabajé mas que para « conseguir el bien y la prosperidad del imperio. ¡ Mi « corazon y mis manos están puras! ¡ Que Aláh perdone á mis enemigos! Concededme, Señor, el tiempo de decir mis oraciones. » Así acabó dirigiéndose al bajá, que se levantaba para no asistir al espectáculo de la ejecucion de la orden de muerte que habia dado.

« Estendiendo Pertew una alfombra, hizo su namaz, y olvidando todos los recuerdos de su poder y todas las penas de la vida, y sin aspirar mas que á la nueva existencia que le aguardaba, espresó en verso su piadosa exaltacion. El sentimiento religioso y el amor de la poesía, que tan fielmente habian acompañado al ministro, al través de las corrupciones y preocupaciones del poder sobrevivian á todos los demás, llenando su alma toda entera, cuya inspiracion se exhaló misteriosamente en la lengua alegórica de los sofis.

« Mi corazon, » escribió, « está alterado por el ob-

« jeto de sus eternos deseos. La copa desborda. ¡ Ay « de mí! ¡ ay! ¿ Qué hacer? Venga cuanto ántes la « aurora sin fin. ¿ Velaré? ¿ Esperando acostado á la « muerte que va á reunirme con mis amigos? ¡ Qué « larga es la noche de la agonía! Ven, oh ven, verdadero sol, ilumina con una claridad mas pura estos ojos que van á cerrarse. »

Llegó en efecto la noche durante las piadosas resignaciones del ministro poeta y místico, é inquietos sus servidores por su larga ausencia fueron á preguntar si le habian visto entrar en el serrallo. La respuesta fué entregarles su cadáver, el cual llevaron silenciosamente á su habitacion, y al dia siguiente, al rayar el dia, miles de turcos acompañaron al cuerpo de Pertew-Bajá al campo de los muertos. Turquía lloró *la pérdida del último de los turcos*.

Esta muerte, que ignoró Mahmoud, fué atribuida por los que la mandaron, á una muerte natural y súbita, y cuando Reschid la refirió algun tiempo despues al sultan, recitándole los versos fúnebres del moribundo, Mahmoud lloró amargamente, no habiéndose consolado nunca de la pérdida de aquel sabio, su amigo ántes, hoy su víctima.

XXXVII

Un tercer favorito de Mahmoud, el circasiano Kosrew-Bajá, que acaba de morir, á la edad de cien años, en el opulento retiro de su palacio casi imperial del Bósforo, ocupó, perdió y recobró durante tres reinados las mas altas dignidades del Estado.

Aunque llegó como simple esclavo de Circasia á Constantinopla, su valor, privilegiada inteligencia y osada prudencia, le habian permitido atravesar impunemente las situaciones en las cuales tiembla el suelo bajo los pasos de los ambiciosos. Siendo gobernador de Egipto, despues de la expedicion de Bonaparte, no vaciló en luchar contra Mehemet-Ali, tan popular y poderoso ya en el Cairo, pues presagiaba las calamidades que aquel futuro rebelde preparaba á su patria, ambos rivales se juraron una enemistad, tan duradera como su larga vida; pero Kosrew-Bajá fué vencido por la astucia y oro de Mehemet. Llamado á Egipto primero como capitán-bajá, y despues como seraskier, ministro de la policia de la capital, presidente del consejo de los visires, en fin, gran vi-

sir, siempre compartió con Hussein-Bajá el horror de los genizaros y la pasion de las reformas militares.

Padre adoptivo de los dos jóvenes bajás Khalil y Said, que se disputaban el favor de Mahmoud en sus últimos años, obtuvo para cada uno de estos favoritos la mano de una de las jóvenes sultanas hijas de Mahmoud. Hasta la edad de ochenta años conservó sus honores, que Mahmoud distribuyó á sus yernos Khalil y Said, retirándose con el afecto del sultan, un sueldo de cuatrocientos mil francos y una guardia de honor de cuarenta hombres de armas, agregados á su palacio. Cada vez que se presentaba en el serrallo, tratábase el sultan mas bien como padre que como ministro, y no pocas veces gobernaron sus consejos el divan.

Su mano aunque octogenaria fué tambien la que, despues de la muerte de su amo, dirigió y consolidó el reinado de un niño. Bajo y con anchas espaldas, excesivamente obeso, de facciones duras, de cútis animado, de mirada penetrante, de elocuente lenguaje, Kosrew, á quien hemos conocido en sus últimos años, recordaba mas bien al hijo de las nieves del Cáucaso que al hombre de Estado de Asia. Su principal sistema fué buscar, educar, adoptar, asociar á sus ideas y fortuna á los jóvenes que se distinguían por su inteligencia y eran la esperanza del im-

perio, y este sistema es el que hace quince años gobierna el imperio.

XXXVIII

La juventud de Mahmoud no estuvo exenta de las sospechas con sobrada frecuencia fundadas contra las costumbres de los príncipes asiáticos, habiendo sido causa que se calumniasen sus mas irrepreensibles amistades y su predileccion por la juventud y la hermosura.

Sin embargo, su grande y exclusiva pasion por una de las odaliscas de su haren desmiente estos rumores. En la sombría alameda de las Aguas-Dulces de Europa existen todavía las ruinas del palacio, donde todos los dias iba á consolarse de los disgustos y adversidades de su reinado, con la sociedad de aquella bella esclava. Cuando murió esta de una enfermedad de consuncion, el sultan loco de dolor, prohibió que se restaurase aquel asilo de su felicidad, cuyas paredes abandonadas van cayendo por pedazos en sus secos estanques; jamás quiso pasar por aquel valle

de sus lágrimas, que le recordaba tanto amor y afliccion.

Algunos años despues concibió una pasion romanesca por la hija de un scheik, á quien habia visto por casualidad en el jardin de su padre, y disfrazándose frecuentemente de dervis para penetrar en casa del scheik, celebró en amorosos versos la hermosura de su amada, el rigor del padre, el subterfugio de sus disfraces y los suspiros de su pasion.

Solo el exceso de sus desgracias al finar su reinado le decidió á buscar algun olvido momentáneo á sus penas en los vapores del vino y las relaciones con las jóvenes griegas de las islas de los Príncipes, en las costas de Asia. Por desesperacion saboreaba el suicidio en medio de la sensualidad sin renunciar por eso á la reforma, sino solamente á la vida. Aunque se habian declarado contra él el cielo y tierra y el mismo pueblo, siempre esperó que este seria feliz bajo el reinado de su hijo inocente, al ménos á los ojos de los musulmanes, de los esfuerzos y reveses que habian usado su nombre y fuerzas. Nesotros le contemplamos en aquella época de su vida y su rostro inspiraba á la vez admiracion y tristeza. Era el heroismo luchando con la fatalidad. Revelaba la fuerza del hombre de genio vencido por la fuerza superior de la Providencia, sucumbia sí, pero mi-

rando dignamente su desgracia. Su viril melancolía parecía su último desafío á la suerte, que debía consumarse prematuramente.

XXXIX

Abrumado por la batalla de Nezib, trató en vano de ocultar su agonía á su serrallo y á su pueblo, para no desanimar á las tropas que combatian todavía á las órdenes de Hafiz-Bajá, y que podian tal vez, coronar su tumba con una victoria póstuma.

Con tal fin abandonó su serrallo y palacio de verano de la costa asiática del Bósforo, encerrándose con sus confidentes mas íntimos, Kosrew-Bajá, y sus dos yernos Khalil y Said, en un kiosko aislado en la falda de un bosque que domina su palacio de las costas de Asia. Veíanse desde allí las ruinas del castillo de Mahomet II, en las costas de Europa, como si la suerte hubiera querido que uno de sus sucesores contemplase del fondo de la decadencia actual, aquel monumento de las conquistas turcas.

Una calentura ética, enfermedad que ningun remedio físico podia aliviar, consumia rápidamente

sus fuerzas. A hijas, madre y visires habia prohibida la entrada de su habitacion para evitar siniestros adioses; solo Kosrew, autorizado por su edad, se atrevió á forzar la consigna, y entró en secreto á conversar con el sultan, saliendo sin esperanza de conservarle un dia mas.

La gravedad de aquella hora suprema y la urgencia de los peligros conocidos reconcilió en medio de lágrimas al anciano Kosrew, á quien habia lastimado la ingratitud de sus hijos adoptivos y á los yernos favoritos del sultan, que eran rivales uno de otro. Al romperse de dolor sus corazones todo lo dominó la fidelidad. El alma tierna y poética de Khalil especialmente acogia siempre las explosiones de la naturaleza no obstante las ambiciones del poder.

Temiendo un movimiento del partido mal comprendido de los genizaros al saberse la muerte de su exterminador, el seraskier Said-Bajá marchó á Constantinopla y mandó poner las tropas sobre las armas. Noticiöse á la sultana Validé y á sus hijos la extremidad del mal, y Kosrew y Khalil pasaron la noche de pié en los jardines, no atreviéndose á faltar á las órdenes absolutas de su amo, que queria morir en el kiosko. La aurora del 1º de julio 1839 no vió mas que su cadáver, sin que se hubiera oido su último suspiro.

Abdul-Medjid, apenas adolescente, fué despertado por el mensaje de Khalil y corrió á llorar á su padre en el kiosko solitario aun de Tchamlidji, cuyos jardines y avenidas llenaron de sollozos momentos despues los leñadores y aldeanos turcos de las poblaciones de Asia. Todos tenian el instinto de la gran pérdida que hacian. Reunidas á tiempo las tropas por Saïd-Bajá, comprimieron toda emocion del partido de los genizaros y formaron á lo largo del camino que baja del kiosko al mar, donde esperaba al nuevo sultan una barca imperial. A su vista el cañon de los fuertes y flota anunció á la capital el advenimiento de Abdul-Medjid.

Mahmoud dispuso que se le enterrase en el campo de su triunfo, cerca del hipódromo, á los piés de la columna quemada de pórfiro, que los genizaros, para siempre vencidos, habian regado con su sangre. Allí van todavía los amigos de la raza otomana á llorar su pérdida y estimular sus esperanzas, que el gobierno de Abdul-Medjid debia justificar plenamente. Mas no penetremos en su reinado. La verdadera historia no comienza mas que con la posteridad.

